



www.edicionesera.com.mx

Luis Jorge Boone
Julián Herbert

*El polvo que levantan
las botas de los muertos*



Ediciones Era

www.edicionesera.com.mx

Luis Jorge Boone

Breve fuego de disparos nocturnos

para Jorge F. Hernández

23 DE MARZO DE 1913

Miró hacia el norte.

Esperaba distinguir algo: cualquier cosa a esa hora de la tarde.

Algo más aparte del aura de calor que agobiaba el paisaje en todas direcciones.

El peso material de los rayos del sol definía el contorno de las azoteas y las calles con un brillo que amenazaba con matar las pupilas.

El frío se había extinguido al fin.

El fantasma de los primeros calores de la primavera se colaba entre la ropa y bajo la piel para calcinar a todos los seres vivos.

O, en realidad, sólo a los hombres: cualquier animal de especie menor es lo suficientemente listo como para ocultarse durante las horas más arduas.

Sólo nosotros, pensó el soldado, somos lo suficientemente impacientes como para esperar de pie y de frente al cielo en llamas.

Esperar apenas ocultos por la insuficiente sombra de un tejabán o el alero de un edificio.

Esperar para soltar, de un solo tajo, la ponzoña...

Hasta las tarántulas saben aguardar de formas menos sufridas.

Hasta las víboras pueden.

El sol era una coartada para que ninguna guerra empezara sino hasta después de las siete, aunque la madrugada y la mañana ya hubieran sido escenarios de varias escaramuzas y tiroteos. Nada estaba decidido ya. Faltaba lo más grueso de la batalla. Dos calamidades no pueden coincidir de manera tan frontal, concluyó el soldado raso Francisco

de Jesús Santiago Venegas Coronado, porque entonces la batalla sería por ver quién toma de veras la ciudad: o muere calcinada bajo el incendio azul de la tarde o muere a manos del ejército de revoltosos que comandaba el espurio, cegado por su ambición de usurpar el lugar que ahora ocupaba el general Huerta.

Pero ambas cosas eran improbables.

No estaban escritas.

Francisco no sabría decir dónde, en las páginas de qué libro, quién se había encargado de poner todo en palabras inamovibles, condenándolo a ser... Porque el futuro distante le importaba lo que a todo ser humano, un carajo, y lo que de veras lo hacía temblar era la cercanía de esos segundos que deciden la vida de todo hombre; el momento escaso pero afilado que prueba su temple; las horas indeterminables que faltaban para comprobar si durante toda su vida había visto pasar su destino realmente delante de sus ojos o si, por el contrario, era un loco regular como esos que abundan y se creen tocados por la Providencia.

Carranza, por ejemplo.

Quién sino un demente absoluto tendría la descabellada idea de, un buen día, cuando la patria recién está tomando un cauce y forjándose la suerte al margen de la estupidez de un presidente espiritista y sus allegados, quién podría cometer el delito de oponerse al presidente Huerta. Sólo él, en todo el territorio nacional, se había encontrado en medio de las piernas el coraje suficiente como para retar a quien poseía todos los ases de la baraja militar. El de Cuatro Ciénegas tenía, a lo mucho, unas cuantas cartas sueltas, números bajos y dispersos en un tablero picado como un mar enemigo. No tardarían mucho

en acabarlos. Con seguridad, toda la batalla no pasaría de un par de horas, contando desde que los vigías dispersos por toda la ciudad los vieran acercarse y entrar al cuadro urbano por el oriente... Porque sería sin duda en dirección de las Tetillas que los verían levantar ese polvo insidioso y molesto que no pueden evitar quienes cabalgan por un camino que no reúne las cualidades suficientes para llamarse de esa manera...

Francisco se sabía de memoria la formación enemiga. Nunca se lo había dicho a nadie. Moriría sin decir que él ya sabía que el primero en entrar a tiro sobreviviría a sus balas. No así el segundo, que moriría por la perforación que su rifle dibujaría con pulcritud inaudita en medio de sus ojos. Pero todo eso sucedería en los asaltos nocturnos. Su silencio no era parte de la profecía. No. Se trataba de sentido común. Dile a alguien, aun si es de tu entera confianza, aun si comparte tu sangre o tus miedos o tus vicios, dile a alguien que sabes que habrás de matar a veinticinco hombres, ni uno más ni uno menos, en la batalla que habrá de librarse dentro de muchos o pocos años, no lo sabes, pero es seguro que habrá una, y que tú podrás empeñarte en matar menos cristianos, en descerrar tiros y tiros sobre el enemigo sin conseguir cambiar esa cifra fatal, para que por la tarde el pueblo entero esté planeando mandarte al manicomio de la capital o quieran sumergirte en agua helada a ver si el golpe te regresa a la realidad.

Por eso no dijo nada.

Por eso va a morir con su secreto.

A pesar de la ausencia de cualquier señal de vida en kilómetros a la redonda, no retiraba la vista de la llanura ocre que se extendía hasta el agotamiento, que empezaba más allá de las casas, que se desdoblaba hasta las últimas

consecuencias de repetir tantas veces en la tierra el mismo escenario de aridez y espinas. Hasta el hartazgo de los hombres y el desprecio del cielo. Siempre hay una parte maldita en el mundo, pensó. Una parte que, como de la entrada del mismísimo infierno, cualquier calamidad puede esperarse que brote.

Pero, de momento, ninguna novedad. Toda esa calma era un insulto de cortesía para cualquier militar.

Recargó su arma contra la barda del edificio. De momento, el perímetro estaba seguro.

Descansó la vista, bajó la cabeza, se relajó lo suficiente para sentir cómo los huesos de la espalda estaban mal amoldados. Tensión inútil, pensó, a la hora de estirar el rifle sobre el hombro y medir la distancia entre el alma del arma y la cabeza del desgraciado que tuviera la mala sombra de ponerse a tiro. Un movimiento brusco, arquearse hacia atrás, produjo el crujido de seis vértebras. El esternón tronó como si se acoplara con las costillas, un poco más arriba del plexo solar. Imaginó una máquina, algo como un arma larga al permitir el paso de la munición de una recámara a otra. Una serie de piezas chocando entre sí, deslizándose con rudeza, golpeándose de frente, martillándose contra un filo que se desgasta poco a poco o contra el yunque de su propio metal, metiéndose con saña en un espacio que no le es permitido, pero al que llega y donde se instala, al que fuerza a acostumbrarse a su presencia. El cuerpo, se dijo, es una cosa extraña. A veces funciona en contra de uno mismo. A veces es como si el enemigo durmiera en cada una de las articulaciones, aletargado en medio de las entrañas por el cálido y palpitante ritmo del corazón. Pero a veces es también como si despertara, como si se ufanara en hacer sonar su dañi-

na presencia. Todo cuerpo es una conspiración contra su propia existencia. El equilibrio no dura –por lo menos en este universo– mucho tiempo. Las cosas se dirigen hacia su destrucción.

Pero mientras eso llega, un descanso no le viene mal a nadie. Al menos no a un hombre que habrá de disparar, dentro de poco, a veinticinco personas. Morirán en el momento y en el lugar. Ninguno quedará maltrecho de por vida. Uno sufrirá una agonía larga, asolado por la sed y la noche, abandonado de todos y de Dios. Ésa es la parte más oscura del asunto. La pesadilla que más veces lo hizo despertar a medianoche, empapado en sudor, incapaz de gritar, sintiendo cómo el sonido desgarraba como una larva carnívora que no sabe del todo la forma de venir al mundo.

De los otros sueños volvía más tranquilo. Era un conocimiento más natural. Una visión de sangre que, sin embargo, se transformaba en una revelación serena, indulgente con él, el testigo, el destinatario, por el matiz de remota realidad, por la lejanía como de tonos sepia, descompuestos por el paso del tiempo que la cubría.

Las pesadillas llegaban a plena luz de día. Las visiones lo interrumpían a mitad de cualquier cosa, llegaban en la forma de las ausencias que le habían ganado una fama de epiléptico de la que se tuvo que defender a golpes, con la rabia del que no se sabe inocente pero le da lo mismo: todo se trata de que nadie repita, por lo menos no delante de uno, que los ataques que le dan lo paralizan de terror.

Una vez pensó en contarle a su madre, una india tlaxcalteca que trenzaba canastas de ixtle en el patio, bajo la sombra de un nogal, en un solar escondido entre muchos otros en Monclova. Preparó su confesión, la histo-

ria de sus sueños despiertos, y decidió que lo mejor sería explicárselos como sigue: es como si viera fotografías de asuntos que todavía no suceden, luego las veo fijamente, nada puedo hacer para que sea de otra forma, entonces comienzan a moverse, primero es como si una o dos figuras en ellas estuvieran superpuestas, como una hoja que ensucia la imagen y cualquier vientecillo puede soplarla lejos; pero luego todo se desordena, saliendo incluso de los márgenes, renegando de la textura pareja de las fotografías y entregándose a una serie de acciones que son como incendios que no se apagan, que arden y se dirigen hacia un final de desgracia donde nada volverá a poder armarse, donde las piezas terminarán desmembradas, violentas percusiones de gatillo y explosiones de pólvora por todos lados, aullidos de dolor ante la propia desaparición, órdenes que no se distinguen de los gritos de terror, caídas aparatosas de cuerpos antes inmortales, inmensos, alzados contra un cielo atípicamente oscuro. Todo, todo sucede de noche, siempre.

Era demasiado confuso y terrible. Por eso no le dijo nada, nunca. Y se quedó viéndola, simplemente, trenzar las hebras una sobre otra, ajena a la desgracia de su hijo mayor. Ajena y a salvo, pensó Francisco desde aquella vez, feliz de haberse contenido, de haberla dejado fuera de su derrumbe.

¿Él también habrá de morir? Ésa era otra interrogante que lo atormentó durante mucho tiempo.

Nunca vio su propia sangre. Nunca vio su cuerpo destrozado por las balas enemigas. Sus huesos no estaban en la visión de años después, una especie de epitafio en el tiempo que cerraría el ciclo del sufrimiento que él mismo traería al mundo. Los esqueletos ya secos de los muertos

se descomponían en sus tumbas, se volvían polvo, combinándose con el suelo que los había sostenido en vida. Pero él no estaba en el cementerio. Sus huesos no figuraban entre las impurezas de la arena.

Aquello, de todos modos, había dejado de importarle hacía mucho tiempo. Cuando se dio cuenta de que, al menos, el destino le tenía asegurados muchos más años de los que cualquiera pudiera sentirse dueño en todo el planeta. Su juventud estuvo siempre asegurada. Ahora, quién sabe qué seguiría, pero, por lo pronto, tendría que vivir lo suficiente como para saldar su cuenta de muertos y heridos. Mataría más que otros, eso seguro. ¿Hasta dónde viviría? Eso no lo sabía ni él.

Llevaba más de tres horas en su puesto. Estaba cerca de empezar a hablar solo. De contarse algo, cualquier cosa, para que sus oídos no extrañaran el contacto con una voz humana. Se tocaba el rostro para sacudirse el sudor, y ese estímulo conocido le permitía otros minutos de concentración fija pero moderada; sus ojos, atentos a reaccionar ante cualquier signo de movimiento, pero perdidos, repartidos entre peinar el terreno y atender las incidencias de su paisaje interior.

A veces, Francisco lo sabía, el paisaje interior ganaba y él se olvidaba de su papel de vigía. Los pormenores de su cuerpo absorbían su atención. Sentía hambre, sed, cansancio. Se le adormecían las piernas, le picaban las palmas de las manos. O se lo imaginaba. Un desesperado intento por aliviar la tensión que venía de afuera, por llenar con asuntos sin importancia las horas de espera para una masacre segura.

Algo a sus pies se movió. Le pareció, de reojo, ver una serpiente o un insecto grande pasar cerca, reptar apenas

por el borde interior de la cornisa. Era la mano de un hombre buscando dónde aferrarse.

El general Arnoldo Casso López terminó de subir la escala de cuerda que conectaba la cima de la torre con la base. Estaba sudoroso, se veía cansado pero dispuesto todavía a entregar su último aliento así tuviera que esperar al final del día.

Miró en derredor, aguzando la mirada. Dos lámparas buscando iluminar las inmediaciones de una ciudad que había cobrado una insólita cuota de silencio.

–Su informe.

–Sin novedad. Después de que alrededor de las diez de la mañana las tropas rebeldes se retiraron, todo ha estado en calma.

Pero habrá batalla otra vez, antes de que caiga la noche.

Pensó que le faltaba empezar su cuenta.

–No. Eso no es todo. No va a ser.

Quizá todos los altos mandos militares tuvieran que tener, por fuerza, algo de ese fuego: esa especie de locura que no termina de quemarlos pero los impulsa a caminar entre las balas.

No supo responder. A cambio, se cuadró frente a su mando militar.

No dejó de hacerlo mientras la cabeza del general Casso López no desapareció tragada por la oscuridad que se empozaba allá, a lo lejos, rumbo al infierno, en la base de la torre.

Julián Herbert

Un día de fiebre

18 DE FEBRERO DE 1913

Ese martes, fiel a una costumbre que había adquirido desde hacía poco más de un año, el gobernador salió de su despacho cuando las campanas de la Catedral marcaban la una en punto. Cruzó la mitad del patio del Palacio y de repente se detuvo, parpadeando y quitándose los redondos espejuelos con ese aire de despiste y arrobo que desconcertaba tanto a sus enemigos. Luego salió a la calle Hidalgo con las manos cruzadas a la espalda y echó a andar pendiente abajo, rumbo a su domicilio. Los dos guardias apostados a ambos flancos de la sede del gobierno estatal lo siguieron sin proferir palabra, discretamente rezagados. Sujetaban contra el hombro sendos máuseres 98 y, de vez en cuando, se miraban de reojo y trababan la mandíbula con mortificación. La ciudad lucía tranquila y gélida, encapotada pero limpia de neblina. La calma estaba de paso. No había transcurrido el año de que los orozquistas resurgieran por el oeste; los Irregulares de Coahuila los habían derrotado en Picardías, Divisaderos y Puerto del Carmen, dejando sobre el polvo una ristra de pescuezos adornados con paliacates rojos. Ahora, decían los periódicos nacionales, era en el mero centro de la ciudad de México donde rebeldes y federales intercambiaban plomo.

El gobernador afrontó con tranquilidad el resurgimiento de la violencia. Se había limitado a exigir acciones de reclutamiento por el cuerpo de rurales y, con la mano izquierda de su investidura, procuraba allegarse la adhesión de los políticos vecinos. Hacía un par de semanas, había organizado una partida de caza en la sierra de Arteaga a la que fueron convocados los gobernadores

de San Luis Potosí, Tamaulipas, Nuevo León y Chihuahua. La estrategia no cuajó: el único asistente fue don Rafael Cepeda; los demás –incluso él– enviaron representantes.

Últimamente se enfermaba a cada rato.

–Es éste jodido tiempo de Diluvio Universal que tienen ustedes –le reclamaba en broma a su amigo el licenciado José García Rodríguez.

Pero a las puertas del Congreso afirmaba otra cosa:

–No es el clima lo que destempla mi salud; son los batiburrillos de los cabrones maderistas contra la nueva ley de impuestos.

Se había consagrado escrupulosamente a regir Coahuila, pero ni el encargo ni la ciudad donde lo ejercía le tenían satisfecho. Su aspiración era mudarse a la capital como ministro de Guerra. Era lo suficientemente viejo como para no andarse por las ramas: deseaba una cartera que le impulsara políticamente, y así se lo había hecho saber a Francisco I. Madero. Tiempo era lo último que le quedaba en el mundo.

–No sé por qué el señor se disgusta de Saltillo –decía Enedina Iglesias, su cocinera–: se vive a tiro de fusil del rancho y, además, es retrefresca.

Ningún subalterno varón se habría atrevido a hablarle de ese modo.

–A estas gentes no les sale bien ni un platón de carne seca –respondía él.

Era una opinión sincera: excepción hecha de los postres, la cocina saltillense le resultaba sosa. Cada semana mandaba traer de Cuatro Ciénegas las viandas de su dieta: carne desecada a lomo de caballo, granadas en octubre, chochas en primavera, dátiles frescos, cola de res... Los despachos arribaban el martes a mediodía.

Por eso fue que, tras cruzar la puerta de su domicilio, y no sin antes revisar que junto al zaguán hubiera un jarro de agua para los guardias, fue directamente a la cocina y preguntó:

—¿Llegó Chéncho?

Sin decir nada, Enedina le extendió un platón de lascas de carne marrón aderezadas con cebolla y rodajas de chile.

Sin sonreír, quitándose el saco y el sombrero pero no el chaleco y tampoco la corbata, Venustiano Carranza ingresó encandilado al oscuro comedor, donde lo esperaban su mujer y sus hijas.

*** *** ***

Tomó la siesta —veinte minutos a lo sumo— en el sillón de su despacho doméstico.

Hacía mucho tiempo, en el rancho, le había gustado disfrutar de esas siestas parreñas que duran dos y hasta dos horas y media, y que luego lo dejan a uno tan tullido y modorro que no le queda más remedio que arrastrarse por el resto del día con una mente escasa y un semblante de muerto, para luego volver a la cama casi a la hora del crepúsculo. Las disfrutaba porque ahí, en ese lapso de pachorra inmune, se aquilataba el ocio del vaquero tras la madrugada (en ese entonces solía levantarse a las tres o a las cuatro, cuando aún estaba oscuro) y la mañana de intensa faena entre los zarzales desérticos, blancamente pulidos a punta de sol...

Hacía ya mucho que había abandonado esas costumbres: desde su ingreso a las esferas de la política porfiriana. Sus días ahora resultaban menos duros pero también

menos tranquilos; la gente de las ciudades no cifra su vida en el trabajo sino en el duermevela. Durante los primeros años, intentó hacer la siesta sobre una esterilla de campaña que heredó de su padre. Ahora ese catre permanecía plegado en un rincón del despacho mientras el propietario dormitaba sentado, en medio de una digestión que provocaba pesadillas.

Abrió los ojos y repasó mentalmente sus compromisos de la tarde. Hoy no usaría el Packard: pensaba dirigirse a la Escuela de Profesores –que ese día celebraba su graduación– en una calesa rentada por el licenciado Pepe García Rodríguez, director del colegio.

Lo de la graduación se había convertido, a lo largo del mes, en una monserga: existían cosas más urgentes para su investidura que presidir una aburrida ceremonia. Pero no se atrevió a enviar a un representante. Consideraba que, en tiempos de desazón como los que se vivían, su mensaje político debía ser muy claro: las instituciones están por encima de todo y por encima incluso de las demás instituciones está la educación.

Era consciente de que se trataba de una declaración, no de algo en lo que realmente creyera: él mismo había ordenado que se adelantara cuatro meses la graduación de los nuevos maestros sin importarle si estaban listos o no. Ya aprenderían –como él mismo o como los reclutas caídos bajo las balas de Orozco–, ya aprenderían sobre la marcha. La patria, pensaba, nunca tiene tiempo de educar a sus hijos más que a golpes.

A las cinco de la tarde se presentó don Pepe a bordo de la calesa. Carranza trepó al vehículo y se instaló del lado de la acera. Marcharon al poniente sin proferir palabra. Justo cuando bordeaban la glorieta al lado de la alame-

da y a la vista del edificio de la escuela, con su anticuada cúpula de cobre y su obscena mezcla de cantera por un lado y ladrillo vil por el otro, el gobernador sujetó el antebrazo del licenciado García Rodríguez e, inclinándose suavemente, susurró:

–Los arquitectos son una raza aviesamente ciega.

Delante de la fachada los esperaban –nerviosos pero tiosos– dos escoltas armados.

Hubo una breve ceremonia oficial al aire libre, puesto que el auditorio se hallaba en remodelación. García Rodríguez pronunció un erudito discurso. Luego cada estudiante recibió un apretón de manos del Señor Gobernador, lo que simbolizaba su ingreso a la Felicidad Revolucionaria.

En el jardín trasero se había instalado una merienda: sobre un tablón cubierto de tela blanca y sin bastilla, los graduados fueron colocando panes de pulque, rollos de leche y nuez, una olla de barro llena de leche bronca aderezada con cortezas de canela, chocolate en agua y una gran cacerola de queso de Celemania y chorizo de San Buenaventura.

Comieron.

Casi al final del ágape, llegó un mensajero y le entregó al gobernador un telegrama que éste abrió delante de los presentes, sin mostrárselo a nadie. Decía: *Autorizado por el Senado, he asumido el poder Ejecutivo, estando presos el Presidente y su Gabinete. V. Huerta.*

Carranza guardó el papel en el bolsillo de su chaleco, se puso de pie, se limpió las migajas de pan de la barba con una servilleta y dijo:

–Queridos maestros, delicados asuntos de Estado me obligan a retirarme de la amable compañía de ustedes.

Don Pepe se le acercó y, rozando reverencialmente su muñeca, susurró:

–Usted dispense... Los pupilos tenían la ilusión de tomarse la foto...

El gobernador asintió y agregó en voz alta:

–Antes de salir, quiero que se tome una fotografía de todo el grupo conmigo.

Mientras graduados y maestros se instalaban en el costado oriental del edificio siguiendo las instrucciones del fotógrafo, Venustiano le pidió a un mozo que llamara a sus escoltas. Los soldados acudieron arrullando los máuseres frente al pecho, como si se tratase de un par de criaturas.

Llamó al mensajero y, señalándolo, ordenó a los guardias:

–Con su vida me responden.

Y al mensajero:

–Se me va ahorita mismo por Meade Fierro y las siguientes personas –enumeró con los dedos de la mano derecha, empezando por el pulgar–: don Epigmenio, el ingeniero Dávila, el profesor Calzada: que los estoy citando con calidad de urgente en mi domicilio.

–Sí, señor.

–Y el coronel Guajardo. El coronel, sobre todo.

–Sí, señor.

–Que me traiga, si puede, a Garfias y a Treviño: al que esté en la plaza.

–Sí, señor.

Despedidos el mensajero y la escolta, ocupó su sitio frente a la cámara. Cruzó la pierna izquierda sobre la derecha y colocó ambas manos sobre su regazo.

Una vez tomada la placa, se puso de pie y dijo al fotógrafo, extendiéndole unos billetes:

–Cobra de ahí lo que te debo y, cuando ya estén las fotografías, entrégale una a cada maestro.

*** **

–¿Qué opinión le merece a usted la noticia? –preguntó Gabriel Calzada.

–¿Qué opinión me podría merecer? –dijo el gobernador–. De entrada, el Senado carece de facultades para designar al presidente de la República.

–Por supuesto –respondió el profesor.

A partir de ese instante, los convidados asumieron de qué lado de la mesa les correspondía sentarse.

Los acuerdos fueron simples: el Congreso local desconocería la autoridad de Victoriano Huerta, se concederían poderes extraordinarios al ejecutivo estatal, se invitaría a los estados de la República a unirse a la rebelión... La conjura duró hasta medianoche.

Cuando los asistentes se despedían a la puerta del despacho, Venustiano Carranza miró a los ojos a Gabriel Calzada y preguntó:

–¿Tiene pistola, profesor?

El diputado titubeó.

–Tengo un arma, sí... Un poquito oxidada a estas alturas...

–Pues más vale que le dé una limpiadita.

Y, cosa rara en él, sonrió.